

que era para mí la culminación de aquellas tientas nocturnas aprendiendo a conocer las vaquillas tras la cerca de fincas próximas a Córdoba, a las que nos acercábamos los chiquillos que llevábamos el veneno del toreo en la sangre.

-No debe usted sentir complejo alguno de inferioridad, contesta D. José. Carecer de títulos académicos no significa que le falte una inteligencia despierta y un asombroso sentido común. Y, además, el contrapunto de esa humildad de conocimientos de la que hace gala, le permite a usted y a los hombres de su casta, captar lo que de nosotros pudierais aprender, antes de lo que lo harían desde otras profesiones. Por otra parte, su profesión, tan próxima a la mía, también otorga el doctorado a quien lo merece. Y si no recuerdo mal, usted se doctoró en la Real Maestranza de Caballería de Sevilla con sobresaliente cum laude de la mano del maestro *Chicuelo* y con *Gitanillo de Triana* de testigo.

-Pero eso es otra cosa. Nunca seremos iguales. Porque usted será siempre maestro, y servidor no dejara nunca de ser alumno en el campo del saber, aunque eso sí, dispuesto en todo momento a aprender de los que como usted saben mucho y lo comunican mejor a los que poco sabemos.

-Nos unen muchas mas cosas de las que nos separan. Usted generosamente me llama maestro. Yo también lo considero así. Lo importante en la vida es alcanzar la cumbre en aquello a lo que cada cual se haya inclinado por vocación o por obligación. Acuérdesse de su antecesor en el Califato, el *Guerra*, y su contestación al Rey Alfonso, cuando lo confunde con un obispo. “Yo en lo mío he sido el Papa”, sentenciaba el segundo Califa. Siempre he desconfiado de lo que llamo el hombre-masa. Un número más en el grupo, del que apenas se distingue. Pero ese no es su caso. Usted es mucho más que eso. Es un hombre elite y para ello no hacen falta títulos académicos ni expedientes universitarios. Basta con tener el señorío que revela una exquisita sensibilidad ante la vida y ante la muerte.

-Dice usted cosas muy bonitas, pero no acabo de entenderlas, ni entenderle.

-Lo que le quiero decir es que cada uno es lo que representa. Y usted es el icono de una época en la historia de nuestra Patria. Es el artista que llena el sueño político de la autarquía, el hombre que ayuda a sobreponerse de la angustia de la guerra y la posguerra. El hombre total que se alzaba sobre una sociedad que primero le idolatra y después, en una costumbre tan hispana como repetida y cainítica, le abandona. Mientras se dio la conjunción hombre-sociedad, usted

fue todo. El líder indiscutible. Un periodista de la época que firmaba como *K-Hito* le llamó acertadamente *El Monstruo*. Primero en “Dígame” y después en “El Ruedo”. Mire, continua el intelectual, le puedo asegurar que “toda vida es secreto y jeroglífico”. Y que al final vivir no es sino estar dignamente en el mundo y eso lo ha hecho usted de forma admirable. Con su estilo de morir nos ha enseñado a vivir. Se vive como se muere y usted dio la lección de pundonor todos los días y de modo especial aquella tarde linarense del 28 de agosto de 1947. Cuando usted salía de España y del mundo para la gloria, para instalarse en ese “espacio inefable”, como diría Le Corbusier, en el que los dos nos encontramos, yo pretendía volver a nuestra patria de la que había salido al inicio de la guerra civil.

-Se nota que a usted le gustan los toros.

-Pues claro que sí. Yo puedo decir como usted que me viene de casta. Mi padre en su juventud había fundado una revista taurina que llevaba el nombre de “El Chiclanero”. Desde muy niño fui a la plaza y del coso de Los Tejares guardo muy buenos recuerdos. De mayor toreaba de salón y, según Zuloaga, lo hacía mejor que nadie. Se hizo famosa una media lagartijera que trace en el aire con una servilleta de las de “antes de la guerra” en la comida organizada para que nos conociéramos Ignacio Sánchez Mejías y yo en el Hotel Palace de Madrid. Por si faltaba poco, pasé mi infancia en Córdoba, como usted, y fue en esta ciudad, casi imposible de llegar a penetrar en su esencia última, donde capté el “hondón” de la vida nacional que usted rubricó con solo 30 años. Mas tarde fueron muchas mis estancias cordobesas porque a mi madre el invierno de Córdoba le sentaba bien para su corazón.

-Pero no nos engañemos. De las primeras letras pasó a las últimas. De alumno a catedrático. De aprendiz a maestro, mientras yo jugaba en la Plazuela de la Lagunilla.

-No renuncie nunca a ello. Manténgase fiel a su origen y su primera escuela. Eso le da un matiz especial y hace de usted un ser distinto. A la Universidad van muchos. En la excelencia, que se puede encontrar incluso en la calle, quedan muy pocos. Un día escribí sobre mi mismo lo siguiente. “Quien quiera crear algo tiene que ser un aristócrata de la plazuela. Yo he querido que mi obra brote en la plazuela intelectual que es el periódico”. Una vez me atreví a decir que había nacido sobre una rotativa y lo tomaron a broma, cuando pocas veces yo había

hablado tan en serio. Y usted es un verdadero aristócrata, un señor del silencio y la mesura, en una tierra que es una “fabrica de soledad” como no hay otra en el mundo.

-Creo, responde el artista, que la única verdadera aristocracia es la del talento, ese que a usted le sobra y a tantos no nos llega ni al tobillo.

-Se equivoca. Aristócrata es el que llega a la esencialidad y pocos como usted lo han conseguido. Sus palabras y sus gestos son la expresión del Arte con mayúscula. “Se habla como se es y se torea como se habla”, se dijo de *el Guerra*. En su caso también como “se calla”. Y usted, igual que los ermitaños de su tierra supo ser “hablador de soledades”. En la verticalidad de su toreo me recordaba los cipreses de las ermitas y con su silencio grave el contraste, muy cordobés, de “las campanas parladoras” que rompieron el silencio de Córdoba cuando usted iba a hombros camino de su casa a encontrarse con su madre, después de Linares. Cuando Córdoba toma conciencia de haber perdido a su héroe, la sensibilidad artística de la ciudad hace que brote ese sancta sanctorum de la poesía española de la postguerra que es la revista poética “Cántico”. Salió cuando tenía que salir y cuando podía hacerlo. Para colmar un hueco y rellenar el vacío que dejó su marcha. Los versos de los poetas cordobeses venían a llenar la ausencia que se cuajó en Linares. Desde Jaén a su casa en la proximidad del paseo de la Victoria. Su casa, que fue la mía, levantada por mi padre el año 1890 en la calle Moriles nº. 5, hoy Cervantes, casa que nosotros vendimos a los Cruz Conde y estos a usted. En ese domicilio cordobés aprendí que la claridad mental, tan abundante en su ciudad, es la cortesía del filósofo y nada es más nítido y transparente que la claridad esencial de su toreo. Córdoba ha estado muy presente en mi vida personal y familiar. Una prima mía, por la línea de los Gasset estaba casada con un Carbonell, apellido muy conocido en la ciudad de los califas. Vea cuantas coincidencias en nuestras “travesías vitales”.

-Gracias, Profesor. Usted me halaga con sus palabras y me confunde con sus metáforas, como ustedes dicen.

-No lo crea. Quiero solo decirle que es la síntesis perfecta de una ciudad difícil. Mezcla de señorío y pueblo, de actitudes ortodoxas que se dan la mano con la heterodoxia, de una mezcla de contrarios que supo encontrar en su muerte el “enigma” de su vida. Los hombres como usted no mueren. “Los matan”, como gritaba el crítico García Prieto cuando lanza al mundo la noticia de su muerte.